

Archivos y Museos

## El Archivo de la Citta

por Manuel Regue Pujol

Archivos de la Real Archidiócesis de St. Peter de la Citta



AV que reconocer, aunque ello nos duela en lo más hondo, hemos tenido un tanto descuidados en estos últimos tiempos nuestros archivos, sin exceptuar aquellos que por su enorme riqueza documental, salvada por fortuna de tantos azotes, nos motivo de legítimo orgullo patrio. Quiérense conocer su mucha sala y su delicada instalación habrán comprendido ya que nuestro orgullo de tortosinos es debido tan sólo al rico fondo documental de aquellos, preservándolo, claro está, de su meritorio deterioramiento. La verdad es que poco se ha hecho después de la guerra de Liberación para ordenar y acondicionar de un modo definitivo esos archivos, quizás porque se ha tenido que seguir luchando, como siempre, con la falta de consignaciones para ello.

Parece ser, por fortuna, que de un tiempo a esta parte se viene acariciando el propósito de instalarlos equitativamente, no tan sólo para conservarlos mejor, sino también con el pasible deseo de que al ser mostrados al público nos tremos documentar, facilitando su estudio a los eruditos, no se vea mezclada la satisfacción con el turismo, al siguiente, junto con los elegios, visitas censuras por un aparente descuido próximo a ser subyugado si se alcanza al fin, como parece, la ayuda necesaria para ello.

Creaciones no han faltado por parte de las autoridades, ni promesas tampoco. Si éstas se convierten en realidad, como es de esperar, nuestros códices y cartas reales, nuestros incunables y viejos pergaminos, todo ese tesoro documental, tanto municipal como catedralicio, del que muy justamente nos vanagloriamos, no sólo será salvaguardado como se debe, sino que podrá ser mostrado a los que nos visiten con la dignidad que su importancia requiere.

De este inamovible descuido —más aparente que real— no se han librado tampoco los archivos particulares, los que tienen también su importancia aunque en un orden inferior. Guerras y revoluciones fueron sus principales enemigos, no habiendo, después de ellas en la generación de hoy el celo que al crearlos mostraron las generaciones anteriores. Entre estos archivos no dudo en incluir el de la Real Archidiócesis de Nuestra Señora de la Citta, en el que, no obstante su modestia, se conservan notas y documentos de sabido interés. Supera éste en mucho al número de sus escritos, pero aun siendo escasos, tienen inimitable importancia puesto que se ve reflejada en ellos la gran devoción de nuestro pueblo a la Virgen tortosina a través de todos los tiempos.

Ciertamente ahora de local donde ser debidamente instalado y conservado, no ha habido hasta en incrementar sus fondos en la medida que debería, ya que este archivo de la Archidiócesis debería ser más propiamente el Archivo de la Citta, en el que habríamos de buscar y hallar todo lo concerniente a ella desde los inicios de su devoción, a finales del siglo XII, hasta nuestros mismos días.

El amor de la Ciudad y Comarca a la Virgen María bajo la advocación tan poética como guerrera de la Citta, no debe extinguirse tan sólo en esas explosiones de filial amor que dentro de pocos días serán renovadas con el fervor y entusiasmo de siempre. De éstas, después de transcurridos unos lustros, apenas quedará el recuerdo si no dejamos de ellas constancia documentada. Por eso todo cuanto haga referencia a la devoción a la Virgen de la Citta, por pequeño e insignificante que parezca, debería quedar consignado en los fondos documentales de ese archivo, que habrá de tener dentro de poco, como complemento necesario y quizá obligado, un Museo de la Citta.

Puede que parezca atrevida la sugerencia, pero la verdad es que su realización se impone. Sin cada día en mayor número los estudiosos, e incluso las personas medianamente cultas, que desean conocer el fundamento histórico de la devoción a la Virgen bajo determinadas advocaciones. La de la Citta es una de ellas. Tendió por muchos, hasta hace poco, como primitiva de la Ciudad y Comarca de Tortosa, la han visto extenderse de tal manera que son ya varias las capitales en las que hay altares a Ella dedicados y muchos los pueblos en los que se le rinde culto. Con ello no han sólo aumentado el número de sus

devotos, sino también el de sus imágenes, estampas, «gozos», oraciones, etc. En este archivo que nos ocupa, junto con los libros de actas de la Real Cofradía —elevada después a Archicofradía— y de los grabados antiguos, deberían guardarse estas estampas modernas que, con el tiempo, serán también antiguas; programas de cultos y fiestas en obsequio de la Señora; la colección de «Gozos» a ella dedicados; Breves Pontificios, sermones, novenas, triduos, sumarios de indulgencias, cintas impresas, bordadas o pintadas; fotografías antiguas y actuales; «aleluyas»; poesías y artículos periodísticos dedicados a nuestra Patrona, etc., etc. De todo hay en abundancia. Lo que falta es reunirlos y coleccionarlos, clasificarlos y exhibirlos. Los que han pasado ya de los cuarenta, o andan por sus cercanías, recordarán seguramente aquella exposición iconográfica de la Citta que se celebró el año 1928 con motivo de las fiestas jubileas del XV centenario del glorioso Descenso de la Virgen a nuestra Ciudad, en la que se agruparon buen número de imágenes y pinturas poco conocidas de nuestra Virgen, que constituyeron una verdadera sorpresa para los visitantes. Mayor será ésta si llega a materializarse adecuadamente la idea que tanto llevada tan sólo de mi amor y devoción a la Virgen de la Citta. A la creación de ese Museo y al momento de este Archivo podemos y debemos contribuir todos, ya que casi todos los tortosinos podemos aportar alguna cosa que, unida a las de los demás, demostrará a las generaciones venideras los amores sinceros de los tortosinos de ayer y de hoy.

Tráiganse presente que los archivos y los museos no son, como algunos suponen, simples lugares en los que se nos muestra el pasado en su aspecto etnográfico o folclórico, sino verdaderos centros de estudio en los que se nos dan lecciones perennes de constante interés para la formación de nuestro espíritu y la educación de nuestra mentalidad.

Faltan en nuestra tierra, precisamente por esto, museos en los que se nos muestre plásticamente la grandeza de su historia, su vieja cultura, su arte a través de las edades y sus típicas costumbres. El único que tenemos, y del que nos sentimos satisfechos antes de la guerra —quizás porque entre nuestras virtudes tenemos la de no mostrarnos exigentes— desajusta de su intimo espaldar durante el trágico momento no puede enseñarnos sino dolor. En sus vitrinas, fotografías, incluso modernas, y pobres restos de cerámica mezclados con azulejos de escaso valor, respaldados a los oliveros rebeldes. Las pocas pinturas que se conservaban en el de artistas tortosinos —muy notables algunas de ellas— no han sido recuperadas hasta la fecha. Tampoco ha sido acariciada la idea, lanzada por su insomne guía en 1949, de crear un museo de arte moderno en el que pudieran tener cabida obras escogidas de nuestros artistas locales, de los cuales exaltamos sus nombres y desconocemos su obra. Más que con frases

disimuladas, deberíamos honrar la memoria de los muchos pintores y escultores nacidos en nuestra tierra reuniendo en un museo de arte local una escogida muestra de sus obras representativas de su valía.

Y también deberíamos ir pensando en la fundación de otro museo, que se está haciendo necesario al no acabando nuestro equipar, y uniformarse nuestro indumento y nuestras costumbres. En ese museo folclórico, o de la Ciudad, debería reunir, al igual que en las existentes en otras poblaciones de tan acreada personalidad como la nuestra, todo lo típico de la tierra tortosina que ha desaparecido o tiende a desaparecer, como son trajes regionales, joyas, ajros de trabajo, cerámicas, objetos de artesanía —no sólo antiguos sino también modernos—, mapas, planos, publicaciones, romances, «aleluyas», fotografías de calles y barrios desaparecidos, así como de antiguos edificios famosos en la historia pero demolidos en el tiempo, y mostrar en algunas de sus salas dioramas que dieran idea a las generaciones venideras de lo que fue, a través de los siglos, la Tortosa de nuestros abuelos, y también —¿qué que importa de nuestros días, puesto que todo acaba y tiende a la monotonía igualidad. Pero en cuanto más se tarde, más difícil se hará recoger el material necesario para ello, fácil de hallar todavía en la actualidad.

Cosa parecida ocurrió con el museo que propugnamos de la Citta, cuya base ha de ser el de la Real Archidiócesis, cuando se dispuso de local apropiado. Aquellos otros museos cuya idea he lanzado, necesarios en una ciudad del aboleo de la guerra, cosa de artistas en todos los tiempos, serán una realidad cuando las personas llamadas a regir la vida ciudadana quieran o puedan hacerlo. Eso, que ha sido el motivo principal de estas líneas quizás excesivas —y por ello, lector amable, se pida perdón— será una realidad cuando nosotros lo queramos. Y en ese momento, lucido a los tortosinos todos. Todos en unidad de fe, en unidad de deseo, en unidad de amor, en unidad de acción, podremos hacerlo posible. El Excmo. Cabildo Catedral y la Real Archidiócesis de la Virgen de la Citta, entre más que orgullo, no se agosten en vanidad cuando la hora llegue, puesto que se trata con ello de honrar más a la Virgen, a la que uno y otra vienen honrando de continuo de manera espontánea, como pueden constatar cuantos visiten nuestra ciudad en estos primeros días de septiembre, siempre bellos y emotivos, en los que se pondrá de manifiesto una vez más el amor intenso y sincero que profesa a la Madre como más hijos favorecidos que, a través de todos los tiempos, siguen demostrándole su amor y su agradecimiento y proclamando a voz en grito allí donde se hallan que:

«La Citta nostra Reina, nostra Mare i nostre Tresor»

El archivo-museo de la Citta será la prueba perenne de ese amor.